



18 de abril de 2020

WE WILL ROCK YOU

Llevaba dos días en mis labores de limpieza en el hospital. Estaba evidentemente nervioso, producto de la pandemia. Era inmigrante y solía pasar desapercibido.

Me enviaron al salón 19. Ustedes entenderán aquel número. Pacientes contagiados con Covid-19. La sala más temida por todos.

Me pasaron los implementos de resguardo. Guantes, mascarilla, y un traje de tela suave para proteger mi ropa. Temí por mi vida y, debo ser franco, maldije una y otra vez encontrarme en este dantesco escenario. Había un ascensor especial al dicho piso. Aislado de todo y todos. Allí me recibió una enfermera, quien puso ese aparato para medir mi temperatura. Mi mente me engañó a cada segundo, incluso creí tener fiebre y síntomas del virus. Pero nada.

La enfermera me dio las buenas tardes y entré a barrer y limpiar. Al final del pasillo vi la sala 19. Era una enorme sala; cada box estaba apartado uno de otro y colgaban plásticos transparentes (como cortinas) para aislar a los pacientes. Al entrar allí, sentí una presión más allá del virus, sino más bien algo emocional. Algunos temían por su vida. Otros me saludaron en señal de amistad. Me sentí acogido. Recuerdo un hombre de unos 45 años, quien me agradeció por estar allí y no abandonarlos. Me dijo que era un héroe. En nada me parezco a Superman. Le agradecí y seguí con mi labor.

Es extraño encontrar esperanza en un lugar en el cual todo apunta hacia la muerte.

Me llamaron por altoparlante. Me dirigí al pasillo principal, separados por una puerta, estaba el personal del otro lado, quiénes no atendían estos casos. Allí, una ensordecedora tronada de aplausos tocó mi alma. Médicos, enfermeras, matronas, técnicos en enfermería, aplaudían a mi persona y a otros 5 compañeros. ¿La razón? Me dijeron que sin nosotros este lugar sería un desastre y gracias a nosotros que manteníamos este lugar limpio, aun sabiendo los riesgos del momento, no desistíamos. Jamás me habían agradecido en ningún otro lugar por hacer mi trabajo. Menos mi rubro. Pero acá. Acá fue distinto. Acá dónde estamos al límite. No importaba mi raza, ni mis raíces. Era yo. Un héroe más, junto al equipo que combatía a diario.



Al noveno día, me dieron a escoger si, cambiar de lugar o quedarme.

Rechacé la opción de retirarme. El miedo se había ido y la sala 19 se convirtió en mi trinchera.

Al décimo octavo día, fue mi turno de despedir al hombre de 45. Se había recuperado.

Comenzó un doble zapateo y un aplauso. Me llamó la atención el ritmo. Lo conocía. Me uní a la fiesta. *-Pum-pum-paf, pum-pum-paf-*, resonaba por los pasillos, mientras un técnico que sabía inglés comenzó a cantar en voz alta. *We will rock you*, resonaba por el salón 19. La tonada perfecta para vencer...

Diego Gonzalo Barraza Orrego

Chile